

Autor: Angela Liliana Serrano – Triempo, Institución Psicoanalítica

Título: Registro de un cuerpo

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

Según el diccionario registro es la acción y efecto de registrar. También es un conjunto de datos relacionados entre sí, que constituyen una unidad de información en una base de datos. Registrar: Es apuntar o inscribir; es grabar un sonido, una imagen: etc.

Les propongo pensar el cuerpo como esa base de datos, esa unidad de información de un conjunto de datos relacionados entre si.

Pero ¿cuáles son los datos y la información que deben quedar grabados, inscriptos, para que haya registro de un cuerpo, y para que ese cuerpo pueda registrar?

Lacan va a abordar el cuerpo, en relación al enlace de los 3 registros: real, imaginario y simbólico, y en ese movimiento de enlace, los 3 estarán presentes y la imagen especular, será el resultado de la conjunción del cuerpo como real, con la imagen que del cuerpo propone el Otro y las palabras de reconocimiento de ese Otro.

Voy a compartir con ustedes tres recortes de un análisis, que dan cuenta de cómo la operatoria analítica permitió modificar y estructurar el registro de un cuerpo, de una nena de 5 años, a la que voy a llamar Jazmín.

Brevemente voy a dar algunos datos de la paciente:

La mamá de Jazmín pide una entrevista, y llega acompañada por su madre, que es quien decidió que la niña comience un tratamiento, porque últimamente está “incontrolable”.

Jazmín tiene 5 años y ambas refieren que no obedece, que tiene ataques de ira cuando no le dan lo que pide, que revolea cosas, y que no saben cómo “manejarla”;

además, jugando con su cabello se arranca mechones sin manifestar dolor; se golpea con las cosas por atropellada, come mucho, y hay noches en que se hace pis en la cama.

Supuestamente estas conductas aparecieron notoriamente, desde que Violeta (su mamá) está nuevamente durmiendo en casa de su madre, luego de una internación de casi 2 años, por un tratamiento de rehabilitación por drogas.

Jazmín vive con su abuela Rosa, desde los 2 años, cuando ésta, considerando que la niña estaba descuidada, se la “saca” a su madre, y la lleva a vivir con ella.

Los papás de Jazmín están separados; el papá la veía con cierta frecuencia, hasta que la abuela decide que no lo vea más, por temor a que cierta “gente” que el padre frecuenta, pudiera “abusar” de Jazmín; posteriormente lo autoriza solamente a visitarla en su casa. Violeta no está de acuerdo, pero acepta.

En el momento de la consulta, el padre había iniciado acciones legales para solicitar las salidas y también la tenencia de la niña. Acciones a las cuales responde la abuela, que es abogada.

Realizo entrevistas por separado con cada una de ellas:

Violeta (la mamá) dice que su madre le quitó su lugar frente a su hija y esto le provoca odio... le cuesta comunicarse con Jazmín, no le tiene mucha paciencia, pero quiere restablecer la relación con su hija.

Rosa (la abuela) es viuda, y dice que Violeta no se ocupa de su hija “como debería”. Le da temor cuando Jazmín se descontrola, y la única manera que encontró para que se calme, es atarle las manos y los pies “por unos minutos”, quitarle la televisión o los juguetes. También lo que suele hacer es mandar a Violeta a casa de su propia abuela, Marga, y ella se queda con “la chiquita” que así se porta bien. Un dato a destacar es que entre las 4 generaciones de mujeres, hay una continuidad en el nombre: cada una lleva el nombre de la anterior.

Cuando les pido los datos del papá, amablemente contestan que si, pero postergan esto durante meses, siempre con alguna excusa.

La psicopedagoga del colegio, menciona los ataques de ira, y dice que J. suele llevar una sogá, que ata a la cintura de sus compañeros.

Voy a leer el recorte de un **primer tiempo**:

- En la primera entrevista Jazmín cuenta lo que su abuela le dijo: que viene a verme porque se porta mal: observa, mira con atención, y habla poco.
- En las entrevistas siguientes “se porta mal” : llega “desatada”, sube y baja escaleras, abre la correspondencia, gira con el sillón, parece no escuchar, especialmente en presencia de su abuela. Su aspecto físico se modificó: llega despeinada, transpirada, tiene moretones en el cuerpo, está desaforada.

Comienza a jugar: ella es una moto, sin conductor, que corre desenfrenadamente y grita enojada si alguien intenta frenarla.

Al tiempo comienza a armar un circuito para que la moto corra sin riesgo de lastimarse, y el juego consiste en cómo responder frente a las figuras que intentan frenar la moto.

Acordamos con la mamá, que será ella quien la traerá y comencé a nombrar “abuela” cada vez que hacían referencia a Rosa.

Ahora el recorte de un **segundo tiempo**:

Llega llorando y gritando porque la madre tiró algo que ella quería y se tira al piso llorando y pataleando. La madre comenta que esas son las escenas que suele hacer, que es un desastre, que se puso así solamente porque ella tiró una cinta que Jazmín agarró en la calle y le dice que si continúa gritando, se van a ir; Jazmín estaba muy angustiada y yo sin entender que decía en sus gritos, le pregunto si quiere irse, y contesta que no. Entonces digo: “así no entiendo, no se que es lo que te pasa y a mi me interesa saber que te pasa, si me contás vemos como te puedo ayudar”. Minutos después deja de llorar y propone ir al consultorio; cuenta que la madre tiró una cinta que ella quería; le propongo buscar otra en

reemplazo y finalmente termina dibujando y recortando una como la que había encontrado en la calle.

En este tiempo juega por momentos y también se recuesta en un sillón, “estoy cansada” dice, y pide que la cubra con mi abrigo, buscando el lado, a veces “más calentito”, y a veces el “más suave”, y comienza a hablar: “yo duermo sola... a veces Rosa me deja en la pieza con la luz apagada...yo no tengo miedo... algunas noches me hago pis, porque se me escapa...mi papá tiene una casita nueva... yo lo extraño...”

Recorte de un **tercer tiempo**:

La mamá anticipa, al final de una sesión, que no pueden seguir sosteniendo el tratamiento y que la traerá una vez más para despedirse. Le propongo hablar antes de esto y supuestamente accede pero en la siguiente sesión, Jazmín llega enojada, deprimida diría yo, y después de descansar un rato dice: “no voy a venir nunca más... me lo dijo Rosa, porque me estoy portando mejor... nos vamos a despedir para siempre...”; mientras habla está amasando plastilina, me muestra una forma y dice “es un monstruo”, a lo cual respondo “tenés derecho a estar enojada, porque a veces es un monstruo...”

Dibuja un corazón con su nombre, me lo regala y antes de irse dice: “vos tenés el teléfono de mi papá? quiero hablar con él”.

Los tres momentos dan cuenta de un movimiento, en transferencia, donde algo del orden simbólico posibilitó el pasaje de la arbitrariedad del Otro a una ley reguladora del goce.

Atar, desatar, desenlazar, hacer lazos, son algunos de los significantes en juego, que escriben el texto.

De los puros desbordes pulsionales (comida, pis, etc.) donde no puede parar, se pasa a otro orden, en el que cierto acotamiento de la demanda del Otro, permite la aparición de un Sujeto, y el acceso a la palabra.

Pasó de estar a expensas del goce del Otro, que la somete a su propia ley, y la deja atada de pies y manos, a poder simbolizar a ese Otro, pudiendo manipularlo y hablar.

Hay un cuerpo que enlazado, comienza a tener registro: se deprime, se cansa, tiene otra sensibilidad...

El significante recorta algo del todo; el Otro ya no es el todo absoluto: ser abuela, es no ser mamá y papá.

Comenzó a aparecer la sujeción a una ley, que le permite rehacer los lazos perdidos, y apelar al padre.

Angela Liliana Serrano